

Enrique Molina

Páginas de un diario

(Conclusión)



El vuelto a la Feria Mundial, acompañado esta vez de mi excelente amigo el señor Carlos F. Mac-Hale y su señora. El señor Mac-Hale es chileno e hizo sus estudios de profesor de Inglés en el Instituto Pedagógico de Santiago. Actualmente es profesor del City College de Nueva York y, por sus valiosos trabajos sobre el castellano, ha sido elegido miembro honorario de la Academia Chilena de la Lengua. Como representante de esta institución asistió al Congreso Científico Pan Americano de Wáshington.

Visitamos el pabellón de los ferrocarriles en que se puede ver desde la incipiente primera locomotora hasta las formidables y más adelantadas máquinas aerodinámicas de nuestros días. También se encuentran los modelos de los últimos coches Pullman, llenos de confort y elegancia.

El pabellón de Italia es sin duda grandioso. A su fachada principal la distingue un motivo ornamental

atrevidísimo, llamativo y bello. Es una poderosa caída de agua que se desprende de la cornisa y se precipita por delante del edificio como una luminosa banda de esmeralda líquida. Cae en una amplia fuente que hay a los pies de la construcción y así sigue cayendo con música alegre y adormecedora.

En una de las galerías del primer piso encontramos una estatua colosal del Rey Víctor Manuel III. Confesamos que nos pareció demasiado grande para la estatura que sabemos tiene el rey. No hay ninguna estatua de Mussolini. Pero en una de las paredes del mismo piso hallamos una lacónica inscripción. Está bajo la enseña de una M. como en los tiempos de Napoleón se ponían bajo la de una N. Y no dice nada más que

Crederere
Obbedire
Combattere.

Miramos desconfiados y nos preguntamos: ¿Creer en qué? ¿En lo que la conciencia acepta que sería lo único digno? No, en lo que constituye la doctrina del partido del dictador. ¿Obedecer a quién? Naturalmente al dictador y sus instrumentos ¿Combatir a quién? Naturalmente sólo a los enemigos que el dictador señale. Nos parece una divisa buena únicamente para organizar masas armadas y lanzarlas a la guerra. Nos damos vuelta y en la pared fronteriza, haciendo pen-

dant, siempre bajo la advocación de la M encontramos la completación de la sentencia. Dice: «Para la conquista de una mayor justicia social». Es la explicación y justificación del «creer, obedecer y combatir» desde el punto de vista fascista.

Pasamos en seguida al Pabellón Francés, muy bello y muy completo, y al del Imperio Francés. En las paredes de este último se encuentran en grandes caracteres detalladas informaciones sobre la labor civilizadora desarrollada por Francia en sus colonias. Avanzábamos por el blando tapiz de la sección con el pecho oprimido por los acontecimientos recientes. Pobre Francia destrozada. ¿Qué será de todo esto?, pensábamos mirando a nuestro alrededor las muestras de las riquezas de su Imperio.

Por medio de compras o de préstamos obtenidos de amateurs acaudalados, la Feria ha logrado formar una galería de pintura de cuadros muy bien seleccionados en que se encuentran principalmente representadas las escuelas francesa, inglesa, americana, española e italiana.

En la noche fuimos al Parque de las Diversiones. Hay aquí lo de siempre: montañas rusas, tiro al blanco, ruedas gigantescas, carros que giran con movimientos bruscos hasta sacudir el cerebro, barquichuelos que sujetos a un eje hacen piruetas y dan vueltas vertiginosas y mareadoras en el aire como aeroplanos amestrados. Pero hay muchas cosas más. Serpientes y caimanes enormes en un stand que se titula pomposa-

mente «de los monstruos». El Círculo de la Muerte es una especie de pozo de paredes revestidas de madera y que terminan casi verticalmente. Los espectadores miran desde lo alto. Tendrá unos quince metros de diámetro. Dos ciclistas en motocicletas y una joven en un pequeño automóvil empiezan a dar vueltas en él con rapidez vertiginosa y un ruido infernal. Luego la rapidez aumenta a tal punto que las motocicletas y el auto por la acción de la fuerza centrífuga corren horizontalmente contra las paredes verticales y por momentos parece que van a saltar fuera de la pista, disparados al techo. Es un huracán de ruido y de movimiento que al fin de cuentas no resulta agradable. En otra sección niñas de hermosos cuerpos, casi completamente desnudas, juegan a la pelota y bailan danzas de estilo clásico bajo la dirección de una de ellas envuelta en gasas y tules. En otra parte una joven está en una pequeña plataforma al final de una delgada columna que no tendrá menos de cien metros de alto. Es como un gigantesco palo encebado de acero. La plataforma parece ser un cuadro de no más de un metro de ancho sin reja ni resguardo alguno. Tampoco se divisa en ninguna parte una red que pudiera ser una garantía en caso de accidente. La plataforma, ya muy estrecha para la joven sola, es ocupada también por un joven que sube sirviéndose de unas barritas que como vértebras hay a lo largo de la columna. Y arriba los dos, disponiendo de un espacio inverosímil, con el abismo y la muerte

abajo, bailan y ejecutan diversas acrobacias. Es una prueba de una audacia infinita que da vértigos.

Seguimos andando.

—«Mire, don Enrique, esto parece interesante, me dice Carlos. Vamos a ver». Un stand llama la atención con el atractivo letrero de «Echar a la niña fuera de la cama». A unos cinco metros de una baranda de madera una bella joven en pijama blanco se halla recostada en una cama. El juego consiste en apuntarle a un pequeño blanco de ocho centímetros de ancho más o menos colocado a conveniente altura sobre el lecho. Si se acierta, éste, movido por un resorte interno, se derriba y la niña cae al suelo. Había un gran número de curiosos porque el juego resultaba divertido sea que se diera o no en el blanco.

—Hagamos la prueba, me dijo Carlos.

—Por supuesto.

Tomamos diez pelotas que costaban veinticinco céntimos. Erramos los primeros tiros. Según nos refirió después la señora de Mac-Hale, los espectadores se reían de nuestra falta de pericia y uno llegó a decir: *They cannot, they are too old.* (No pueden, son muy viejos). Mas lo cierto del caso fué que luego acertamos en el blanco y echamos dos veces a la niña abajo de su lecho en medio de celebración general y de sonrisas de ella misma.

Por último, presenciemos unos magníficos fuegos artificiales quemados en la laguna de la Exposición.

* * *

He asistido a la fiesta del Commencement Day de la Universidad de Columbia en el presente año que, aunque parezca raro si se mira el sentido exacto de la palabra, no es el día en que se inauguran los cursos sino el en que se clausuran. Es una fiesta de grandes proporciones a que asiste numerosísimo público. Se celebra al aire libre en el vasto espacio que se extiende entre la antigua y la nueva Biblioteca ocupando también la calzada y aceras correspondientes de la calle 116. Ahí se levantan tribunas y se colocan sillas para los invitados, profesores y estudiantes graduados. Estos se presentan con su uniforme universitario, birrete y toga orlada de diferentes colores según el grado que han alcanzado y la facultad en que siguen sus estudios. La orquesta de la Universidad ameniza el acto y, fuera de los discursos de estilo, se cantan coros universitarios y el himno nacional.

La Universidad de Columbia tiene cuarenta mil alumnos. Ese día se otorgaron los siguientes grados, lo que da una idea exacta de las actividades universitarias: bachilleres en Artes, 563; bachilleres en Ciencias, 984 (Dentro de este grupo quedan comprendidos los bachilleres en Servicio de Bibliotecas y en Servicio Social); bachilleres en Leyes, 155; bachilleres en Arquitectura, 9; maestros en Artes (Teacher's College), 2,407, maestros en Teología, 12; maestros en In-

geniería, 22; maestros en Ciencias (Teacher's College), 10; maestros en Negocios, 77; maestros en Arquitectura, 4; maestros en Periodismo, 66; maestros en Salubridad Pública, 11; maestros en Servicio de Bibliotecas, 22; maestros en Derecho, 12; Ingenieros de Minas, 2; Ingenieros Civiles, 1; Ingenieros Mecánicos, 7; Ingenieros Químicos, 23; Doctores en Medicina, 101; Doctores en Ciencias Médicas, 9; Doctores en Cirugía Dental, 44; Doctores en Educación, 45; Doctores en Filosofía, 228.

Aunque la antigua Biblioteca de la Universidad era tenida hasta hace pocos años como uno de los mejores siete monumentos arquitectónicos de los Estados Unidos se la ha estimado estrecha e inadecuada y se ha levantado al frente una nueva, magnífica. Esta llamante casa de los libros es menos grandiosa que la anterior, pero más amplia y más completa para alojar el millón de volúmenes que componen el tesoro bibliográfico de Columbia. Cuenta con salas de lectura de un confort perfecto. Fuera de una sala general las hay especiales para las diferentes facultades o departamentos. Además, al lado de los depósitos mismos de libros se encuentran pequeños recintos reservados para los estudiosos que quieren encerrarse ahí como buenos benedictinos.

La Universidad de Columbia dispone de excelentes casas de estudiantes (dormitorios). Los hay para jóvenes y para niñas. Las habitaciones están destinadas a uno, dos o tres jóvenes, y, además de la ins-

talación de luz, cuentan con calefacción y agua caliente y fría. En cada piso hay de seis a ocho baños. Cada casa tiene un hall acogedor, un living room comfortable, biblioteca, sala de música, salas de recepción. Los comedores en los dormitorios de los jóvenes están organizados según el sistema de las cafeterias. A las niñas les dan pensión por 300 dólares al año. El arriendo de la pieza por un año cuesta otros 300 dólares, lo que hace un total de 20,000 pesos de nuestra moneda, aproximadamente. Sumando los demás gastos que la educación universitaria y la vida le imponen, el término medio de los estudiantes necesita para mantenerse en la Universidad de una cantidad equivalente a cerca de 40,000 pesos nuestros. Por supuesto que se otorgan becas con facilidades y franquicias en diferentes grados y que los estudiantes encuentran muchísimas oportunidades para lograr ocupaciones con que ganarse la vida, desde las de mozo, que practican con mucha frecuencia, hasta las de empleado de oficina.

En forma análoga se halla organizada la International House que se levanta en un precioso lugar en Riverside Drive. Como su nombre lo indica, está abierta para los estudiantes de ambos sexos de todo el mundo. Las niñas ocupan un ala del edificio y los jóvenes otra. Su confort no deja nada que desear y se lleva tal vez una vida social más intensa que en los dormitorios de las Universidades. El valor de las piezas varía de 185 a 500 dólares al año. Esta fundación se ha debido a la generosidad del millona-

rio John D. Rockefeller Jr. A él también se deben casas semejantes que existen en Chicago y en Berkeley, sede de la Universidad de California.

* * *

No sólo los millonarios hacen grandes regalos en Estados Unidos. En una visita que acabo de efectuar a la Universidad de Princeton he podido admirar un templo que en años recientes le han obsequiado a la Universidad un grupo de ex graduados. Ha costado millón y medio de dólares. Bello, de estilo gótico. Parece una pequeña catedral de Colonia.

También ex graduados de otra promoción le han hecho a la Universidad el regalo de un teatro, cuyo valor ha sido un poco inferior al del templo: no ha llegado a un millón de dólares.

* * *

A propósito de cosas universitarias:

En la Universidad de Harvard se va a introducir una reforma en el plan de estudios de la Facultad de Derecho. Los cuatro años del college van a reducirse a tres. Luego vendrán los cuatro años de estudios propiamente universitarios. De éstos los dos primeros serán dedicados al conocimiento de las leyes positivas y los dos últimos a las ciencias del derecho y a las ciencias sociales. Es decir, el estudio de las ciencias abstractas se coloca a continuación del de las leyes

concretas. La idea generadora de la reforma es que los estudiantes carecen de la madurez necesaria para abordar en un principio estudios de carácter filosófico.

* * *

El Cónsul General de Chile en Nueva York, mi amigo don Aníbal Jara, ha ofrecido una recepción en honor del artista chileno señor Oscar Fabres Valdívieso.

Como se acostumbra en estos actos, y aun en otros semejantes de carácter más privado, en la invitación se indica no sólo la hora de llegada sino también la de la terminación del acto. Generalmente se señalan dos horas de duración.

Había algunos norteamericanos representativos del mundo de los negocios y de la banca y un buen número de chilenos. Entre éstos notamos a Carlos Dávila que se ha conquistado en los Estados Unidos un sólido prestigio como periodista y conferenciante talentoso e ilustrado, a Ernesto Guzmán Donoso, representante en Nueva York de los Ferrocarriles de Chile, al escritor Armando Zegri.

Entre las presentaciones que me hicieron hubo la de un señor de apuesta figura, alto, sólido, completamente rapado, un poco moreno, cuya edad se podría llamar la de la madurez joven. Era lo que los franceses designan con la expresión de *poivre et sel*, pi-

mienta y sal, aludiendo al color gris de los cabellos de un hombre que se halla en un estado de madurez atrayente.

—Do you speak spanish? (habla Ud. español), le pregunté.

—Sí, me contestó sonriéndose, aun recuerdo un poquito, como que nací en plena Araucanía, en Angol.

Era el señor Luis Albarracín, a la fecha uno de los altos empleados del Chase National Bank. Luego supe que si no el único, era uno de los pocos que se habían labrado por su esfuerzo una situación espectacular de un grupo de muchachos que salieron de Chile hace algunos años a tentar fortuna en estas tierras difíciles y de intensa competencia.

Algunos días más tarde estuve con él en su oficina en un rascacielo vecino a Wall Street y vi a este retoño de nuestra región sureña dando órdenes en inglés como si fuera un perfecto hijo de la City.

Oscar Fabres se ha conquistado en los círculos artísticos de la Europa Occidental, principalmente en Francia y Holanda, un merecido renombre como dibujante, caricaturista y periodista. En muchas de sus caricaturas y en la leyenda que les pone hay algo del humor tragicómico de Goya. Con los productos de sus lápices ha viajado por los países del Oriente. La avalancha nazi lo desalojó de Holanda y espera con razón encontrar en la gran metrópoli norteamericana un ambiente propicio para el cultivo de su arte.

• • •

Junio 22.

Match de box entre Joe Louis y Arturo Godoy. El joven luchador chileno va a disputarle el campeonato mundial al vigoroso negro norteamericano. Había mucha expectación e interés entre los aficionados a esta clase de espectáculos. Sin figurar yo entre ellos y no estando lejos de considerarlos como una manifestación de barbarie, fui por tratarse de un chileno.

Aunque la pelea de Godoy y Louis no iba a tener lugar hasta las diez de la noche las puertas del inmenso anfiteatro, el «Yankee Stadium», se abrieron a las seis. Cuando llegué a las ocho, aun de día, estaba casi lleno. Había alrededor de 40,000 personas. Había localidades cuyo precio de boletería era de 27 dólares cincuenta céntimos, o sea más de novecientos pesos de nuestra moneda. Excusado es decir que no ocupé una de ellas. En las afueras no se efectuaba reventa de entradas.

Las galerías en su mayor parte se encuentran bajo techo. Otra parte está al aire libre como el centro mismo del anfiteatro, donde se alza el ring, punto hacia donde convergen las luces de poderosos focos de todos lados.

Nada de música ni de ningún otro entretenimiento artístico o extraño. El espectáculo es en absoluto de puñetazo puro.

Por la parte no cubierta del anfiteatro se divisan los anuncios enormes y pintarrajeados de las calles vecinas. No hay más ruido que el abejero de la concurrencia y el que hacen los trenes que pasan continuamente por la calle 145.

Antes de la pelea de Godoy y Louis hubo unos cuantos *matchs* entre campeones de menor significación y que solían entusiasmar a los espectadores cuando éstos parecían divisar la promesa de un futuro gran luchador.

Por fin llegaron los dos adalides, de cuerpos fuertes y hermosos, y el público entró a seguir con ansiedad las peripecias del combate. Desde el primer *round* la situación empezó a ser desfavorable para el chileno. El negro le asestó un golpe sobre el ojo izquierdo y le causó una herida que le sangró sin cesar, dificultándole en adelante la visión de su adversario. El público acompañaba con aplausos y gritos de entusiasmo y estímulo los golpes bien dados. Había sectores que se manifestaban frenéticamente. A mi lado se hallaba una señora norteamericana que exteriorizaba en forma ruidosa su interés por el negro.

Mis vecinos del otro lado, aunque menos bulliciosamente, no dejaban de seguir anhelantes cada detalle de la lucha.

—Mira esa cara, le dijo el uno al otro, aludiendo a la totalmente ensangrentada del campeón chileno.

La señora no cesaba de gritar a cada momento a todo lo que daba la garganta: *Go on, Joe, go*

on Joel (adelante, Joe, adelante, Joe). Impacientado por tanto apasionamiento empecé a mi vez a gritar, bastante cerca de su oído: ¡Go on, Godoy, go on, Godoy! La señora ni siquiera volvió la cabeza. Consideró perfectamente natural que así como ella animaba lo mejor que podía a su campeón, un señor que estaba a su lado animara de igual manera al suyo.

Godoy había combatido valientemente y después de cada contratiempo o de cada round se levantaba con nuevo animoso empuje contra su adversario. Pero al octavo round ya no pudo más y el luchador norteamericano mantuvo su título de campeón mundial.

Hubo aplausos y gritos y la concurrencia empezó a irse.

La derrota del campeón chileno me causó un pesar bastante grande. Con mi amigo don Aníbal Jara me encontré en medio de la muchedumbre que se retiraba. Ambos lamentamos el resultado. Fuimos en seguida a saludar a Godoy a su camarín. Envuelto en una bata se hallaba rodeado de periodistas y fotógrafos. Tenía toda la cara terriblemente hinchada y amoratada. Era una enorme bolsa congestionada en que la nariz apenas se destacaba y los ojos parecían unos puntitos imperceptibles. Encima del izquierdo se veía la cicatriz de la herida fatal que había recibido. Le estaban aplicando compresas de hielo a la cara para aliviarle el malestar. En todo él se dejaban ver vigor y buen ánimo.

Le dimos un cordial apretón de manos de chilenos,

le tomaron unas cuantas fotografías más con Jara a su lado, y nos retiramos.

* * *

Habitamos un pequeño departamento en la parte alta de la ciudad en un noveno piso, cuyas ventanas dan a Broadway. A dos o tres cuadras corre el río Hudson. Su ancha cinta clara o brumosa es un bello espectáculo que se nos ofrece todos los días. Al otro lado se extienden las colinas cubiertas de verduras y a la vez pobladas de New Jersey. Por el río pasan embarcaciones de toda clase: los vapores que parecen hoteles o casas flotantes de tres pisos, llenos de pasajeros que van o vienen de sus hogares o de excursiones hacia el norte; buques de guerra de la armada norteamericana, embarcaciones menores y esos amplísimos ferries que como puentes movedizos o prolongaciones de las avenidas de la City, trasladan de una orilla a otra decenas de automóviles y de camiones, con pasajeros, carga y todo.

A nuestra habitación llega sin cesar el hondo rumor recio del tráfico de Broadway que no se interrumpe nunca. Es el continuo rodar de autobuses y demás carruajes. Es la corriente humana que parece tomar alma e ir acompañada de una intensa voz de bajo que cantara en sordina. Dirigido por las señales de las luces que hay en todas las bocacalles el movimiento se desarrolla con suma regularidad. A un cambio de co-

lor de la luz los carruajes se detienen o avanzan; los choques casi no ocurren y los peatones atraviesan las calzadas, no obstante el inmenso tráfico, sin dificultad y sin peligro. No hay necesidad tampoco del empleo frecuente de las bocinas y de los claxons. La misma regularidad, falta de ruidos excesivos y ordenación del tráfico he observado en Wáshington. ¡Cuánta diferencia con nuestro Santiago! Cuando uno compara y considera esto llega a pensar que la fabricación de bocinas y de pitos no tuviera otro objeto que llevarlos a nuestra capital. Los choferes suelen, en efecto, armar en Santiago unos alborotos y chivateos de bocinazos y pitazos ensordecedores que ya no se sufren en las ciudades más populosas, más adelantadas y de vida más intensa.

* * *

Las empleadas domésticas constituyen en Nueva York, y seguramente en las demás ciudades de la Unión, un verdadero lujo. Matrimonios o personas que pueden dárselo de tener dos en Chile deben contentarse con una o resignarse a no tener ninguna. La señora debe hacer el aseo de la casa, la comida y lavar los platos y utensilios de la cocina. Pero todo esto resulta muchísimo más fácil que en Chile. Desde luego, a menudo se toma el lunch o se come afuera en un restaurant. Las comidas en las casas son muy sencillas. La leche, las frutas y los sandwiches suelen bastar. Por otra parte, los almacenes de provisiones, que se en-

cuentran en todas partes, ofrecen una cantidad de cosas exquisitas listas para la comida, desde consomé, ensaladas y pollos, hasta toda clase de postres. Las máquinas para el aseo y para lavar facilitan también la labor doméstica.

• • •

Las escaleras son como órganos atrofiados o que han dejado de existir por falta de uso de estos monstruos que se llaman rascacielos o aun de edificios que no alcanzan tan elevada categoría. Uno en realidad no las conoce. Todo el movimiento se hace por ascensores y no se puede dejar de sentir la dependencia en que uno se encuentra respecto del ascensorista.

Algo semejante pasa con los timbres. En las piezas de los hoteles no hay timbres. Todos los llamados y todos los pedidos es menester hacerlos por teléfono, lo que no deja de traer complicaciones cuando no se domina el inglés con sus peculiaridades americanas.

• • •

El ferrocarril subterráneo de Nueva York (Subway) es el medio de comunicación más barato y más rápido de la gran metrópoli. Un automóvil, y si es propio tanto mejor, es sin duda más cómodo y más elegante, pero no lo más rápido, porque tiene que ir detenién-

dose casi en todas las bocacalles. En el Subway, por cinco céntimos o un níquel se devoran veinte, cincuenta, cien, doscientas cuerdas como en el interior de una bala; pero no es propiamente cómodo y a veces suele ser antipático. Las estaciones, aunque sus paredes estén recubiertas de azulejos o ladrillos blancos enlozados, parecen más bien oscuras, poco acogedoras y con mucha maraña de fierros, de rejas y de columnas. Los avisos multicolores de las paredes aumentan la estridencia del ambiente. No se ve maquinista ni conductores. El valor del pasaje se deposita a la entrada en una hendidura, y al caer el níquel cede automáticamente una barrera y se entra al andén. Pintados casi de negro los trenes llegan con un ruido ensordecedor de fierros desesperados; las puertas se abren y se cierran sin mano que las mueva; la gente se apretuja para entrar y para salir y el convoy sigue, al parecer ciego e implacable como el destino. Pero la gente familiarizada lee el diario tranquilamente, y algunas damas aquí y allá continúan la lectura de una novela como si el tráfico de Nueva York no existiera para ellas.

El aseo en los coches del Subway se cuida severamente. Hay un pequeño aviso que dice: «En estos coches se prohíbe fumar y escupir. La infracción a esta regla será castigada con quinientos dólares de multa o cien días de prisión, o con ambas penas a la vez».

• • •

La Quinta Avenida es una de las calles más famosas del mundo por sus tiendas de lujo. Sus vitrinas y escaparates exhiben las mayores tentaciones para las mujeres y no pocas para los hombres y están arregladas con supremo arte y buen gusto. ¡Qué despliegue de luces y de colores! Una apretada muchedumbre circula por ambas anchísimas aceras. Entra y sale de los almacenes; puede verlo todo y no comprar nada.

Tal vez como antídoto contra las frivolidades mundanas, magníficos templos e instituciones de cultura abren también sus puertas en esa misma arteria.

Ahí están la catedral de San Patricio, católica y la iglesia de Santo Tomás, protestante. Ambas son de severo estilo gótico en piedra renegrida. Las columnas interiores, los altares, los vitraux y demás detalles de ornamentación se presentan con una bella sobriedad que contrasta con lo pintarrajeado y chillón tan frecuente en las iglesias de los países latinoamericanos. El altar mayor de Santo Tomás es de alabastro, tan maravillosamente cincelado que parece una filigrana de marfil.

Como las iglesias nombradas, en pleno ajetreo comercial se encuentra la Biblioteca Pública de Nueva York. Veinte pasos y se entra a un ambiente de calma y recogimiento propicio para que el espíritu se recobre a sí mismo. El interior del edificio es en su mayor parte de mármol. Lo adornan preciosas pinturas

murales y estatuas y bustos de mármol y jaspe. La biblioteca contiene no sólo libros. Cuenta con una rica galería de cuadros de pintura, la colección Stuart. En esos días se verificaba también en el recinto del establecimiento una bella exposición de grabados. Tomando en consideración todas las bibliotecas distribuídas en la ciudad de Nueva York y que son sucursales de la Biblioteca Pública, ésta cuenta con cuatro millones de volúmenes. En su edificio central sólo tiene dos millones setecientos cincuenta mil, más o menos. Encontramos que se recibía con regularidad nuestra revista «Atenea».

Dejando atrás la parte comercial y andando unas quince cuadras al borde del Parque Central por la misma Quinta Avenida se llega al Museo Metropolitano. Es riquísimo en monumentos auténticos y originales y en reproducciones de los monumentos más célebres del mundo occidental que no es posible tener en Nueva York, como por ejemplo Nuestra Señora de París. Las antigüedades egipcias se hallan magníficamente representadas por numerosos ejemplares de momias, secciones de tumbas, piedras con inscripciones, estatuas de dioses, de faraones y de princesas de sonadoras cabezas alargadas. Otro tanto cabe decir de las antigüedades asirias y babilónicas, donde no faltan los colosales, bellos y legendarios toros alados esculpidos en piedra. Las colecciones griega y romana, menos ricas que las anteriores en originales, cuentan con muy buenas reproducciones. La exhibición de ar-

mas de todos los tiempos es de lo más completa. Caballeros medioevales con todo su pesado atuendo, sobre corceles también revestidos de escamas de acero parecen a punto de arremeter, lanza en ristre, contra adversarios en un torneo. La vida americana del siglo XVII y sobre todo del XVIII se halla expresada en habitaciones perfectamente reproducidas y en muebles de la época. I, last but not least (al último, pero no de menos importancia) hay magníficas galerías de estatuas y sobre todo de cuadros de artistas europeos y norteamericanos.

Atravesando el Parque Central no lejos del Metropolitano, se halla el Museo de Historia Natural, completísimo en sus colecciones de animales, vegetales, maderas y piedras. Con un buen guía cualquiera puede imponerse ahí fácilmente de los fenómenos de la vida y de su evolución.

Contiguo al Museo se puede visitar el Hayden Planetarium. En una amplia sala con adecuadas combinaciones de luz se ofrece el perfecto espectáculo del cielo nocturno. Luego, aunque dentro de dimensiones relativas no siempre proporcionales a la realidad, se presenta el cuadro de nuestro sistema solar con todos los planetas que lo componen en movimiento. Ahí se dan casi diariamente conferencias sobre temas astronómicos.

* * *

Es frecuente negarle la belleza a Nueva York. [Ah, se dice, tanto rascacielo es abrumador! Los ras-

cacielos son gigantescos, pero a la vez uniformes, monótonos. Es tal vez esta afirmación efecto de un movimiento del espíritu, movimiento algo pequeño, para regatearle la excelencia en algún sentido a una metrópoli que sobresale en tantos. O la resonancia del juicio ajustado a la *m e s u r e* de algunos críticos europeos que no pueden soportar las cosas en tan grandes proporciones. Pero, dejando todavía a un lado los parques, jardines, avenidas, paseos y monumentos de Nueva York que son hermosos, mirada en conjunto desde el piso 70 del Rockefeller Center o desde el 86 del Empire, donde hay cuatro telescopios para hacer alcanzar la visión a las mayores distancias, o siquiera contemplado bien un solo rascacielo, la metrópoli es magnífica y opulenta; produce una impresión de potencia y grandeza que toma los relieves de lo bello. La impresión no cambia substancialmente con subir al piso 102, que es el más alto del Empire y de la City. Ciudad enorme y rica de todo, la capital más gigantesca del mundo al lado de Londres. Tiene siete millones trescientos y tantos mil habitantes. Es inagotable y llena de sorpresas. Sus distintos barrios presentan caracteres y gentes muy diversas.

* * *

La Quinta Avenida, más allá de la calle 110 hacia arriba deja de ser el lugar de refinamiento y la elegancia. Pasa a ser un barrio de negros y portorrique-

ños, que se extiende a la avenida Lenox y calles adyacentes hacia el Este. Han dado en llamarlo desgraciadamente Barrio Latino. Es una barriada de aspecto pobre, desaseado, en que pululan y juegan en las calles granujas negros medio desnudos, mujeres de aire cansado y ropas ligeras como se ven en Colón.

Los aficionados al punto de vista que podríamos llamar de la bacteriología social hablan con fruición y escalofríos de los barrios tenebrosos y peligrosos de Nueva York. Sin carecer del sentido humano necesario para encarar aún a los maleantes y sin negar cuanto pesan en un cuadro completo de la psicología social, nada puedo decir de esos barrios porque no los he conocido.

* * *

Algunos rasgos de la prosperidad norteamericana y de sus sombras.

En la parte céntrica de Broadway, en el Time Square, hay un aviso luminoso que llama la atención. Tiene poco más de veinte metros de ancho por diez de alto aproximadamente y es de un colorido, brillo y movimiento extraordinarios. Sirve de propaganda a una fábrica de Chewing Gum y cuesta 18,000 dólares semanales, o sea, al mes, más de 2 millones 300 mil pesos de nuestra moneda. Es de suponer cuanto goma mascan los americanos.

Se me ha afirmado que el número de automóviles de propiedad particular asciende en este país a 50 millo-

nes, lo que equivaldría a poco más de uno por cada tres habitantes; pero, como según se dice, y esta es la sombra más grave, hay de ocho a diez millones de desocupados, que seguramente han de carecer de coche propio, la proporción se eleva y puede quedar en cerca de un automóvil para cada dos habitantes.

En la sola ciudad de Chicago hay entre los desocupados dos mil médicos y mil dentistas que viven de los fondos (relief fund) acordados por los poderes públicos para ayudar a los menesterosos.

También tenemos aquí el problema del proletariado intelectual.

* * *

Julio 2

Vamos a regresar a Chile en el vapor Imperial.

En el muelle de Nueva York, mientras buscaba y trataba de poner en orden las cosas de mi equipaje, se acerca a mí una señorita de regular estatura, cuerpo fino, bien proporcionado y ágil. Su cara es de óvalo perfecto, tez morena y ojos negros y vivos. Su conjunto deja la impresión de un alma inteligente, vigorosa y buena.

—¿Don Enrique Molina?, me dice.

—Ah, la señorita Ulloa.

Era Margot Ulloa, distinguida egresada de la Escuela Dental de la Universidad de Concepción. Me interesó sobre manera lo que me refirió sobre su vida en los últimos tiempos. Completando su relato con lo que ya estaba en mi conocimiento, tenemos lo siguiente:

Después de once años de permanencia en los Estados Unidos venía a Chile, aprovechando las vacaciones de verano, para visitar a su familia. Habla un español un poco inseguro y con simpático y marcado acento americano. Una vez terminados con brillo sus estudios en el Instituto Superior penquista, por propia iniciativa y con recursos propios, se dirigió a la República del Norte. Con labor asidua, se graduó de doctor en la Universidad de Illinois y, cuando pensaba regresar a Chile, sus profesores, que habían podido apreciar de cerca su laboriosidad y su talento, le ofrecieron espontáneamente que continuara trabajando en la Escuela Dental de las orillas del Michigán. Le concedieron primeramente una beca; luego la nombraron ayudante en la Clínica de Operatoria; en seguida Jefe de Trabajos, con el cargo de dar conferencias sobre Anatomía Dental, Técnica de Operatoria y Clínica Operatoria. A la fecha es titular de sus cátedras con el grado de profesor asistente. Además ejerce independientemente su profesión en Chicago con excelente clientela. El caso de la señorita Ulloa es digno de la más encomiástica mención y hace honor a la mujer chilena y a nuestra Universidad sureña.

* * *

Julio 14

El nuevo gobierno francés, que ha ido a reconstituirse a Vichy, lugar de restauración de enfermos, lo

que es un triste símbolo, ha suspendido con mucha razón las festividades de este glorioso aniversario y lo ha declarado día de duelo nacional. Para nosotros también ha sido día de duelo. En el aislamiento del vapor, a través de los océanos, hemos sentido la pesadumbre del mundo. Con qué acento desolador de marcha fúnebre hasta hacer estallar en lágrimas se oirán en este día los acentos de la Marsellesa. ¡Con qué acento de dolor inconsolable resonarán por mucho tiempo! ¡Qué lúgubre va a ser también su enmudecimiento! ¡Oh coincidencia! Hace siglo y medio un monarca bobalicon puso en su Diario el día de la toma de la Bastilla como única anotación «Nada» y esa falta de visión y de previsión le costó el trono y la cabeza. Ahora la falta de competencia y previsión de los gobernantes de la Tercera República ha reducido esa brillante efeméride efectivamente a nada. Pero confiemos en que se ha de salvar el valor espiritual que ella en realidad encierra para los derechos del hombre.

—¿De qué han servido tus cuadros trágicos y tus furiosos latigazos, oh gran Zola? Se ha repetido la misma falta de preparación que tú futigaste. La literatura francesa nos va ofrecer otra vez seguramente la pintura desesperada de la *Nouvelle Debacle*. ¡Qué cosa más terrible que estas anotaciones que parecen las de un destino epiléptico ineluctable!

Uno se abisma considerando como ha sido posible este desastre, como cabe que haya habido tanta incompetencia en los gobernantes de Inglaterra y Fran-

cia, como se han lanzado a la guerra sin una preparación suficiente y adecuada y sin tener conocimiento de las fuerzas del enemigo que desafiaban.

Las grandes potencias no pueden alegar que han sido víctimas de la violencia y del atropello. Sólo las pequeñas lo pueden. Los gobiernos de las grandes potencias no pueden cohonestar su imprevisión con imprecaciones contra Hitler y los nazistas. Sabemos que a la fuerza armada no se la detiene más que con la fuerza. A los gangster no se les combate con prédicas del Ejército de Salvación sino con la policía armada de revólveres y ametralladoras.

El comentario que se ha expresado después de cada desastre de las armas aliadas ha sido que se han visto abrumadas por la enorme superioridad del número de sus enemigos, por sus tropas motorizadas, por su aplastante cantidad de tanques y de aviones, por los ataques de los *stukas* y de los *paracaidistas*. Y todo esto se ha referido con tono de sorpresa. Lo ignoraban entonces. ¿Y qué hacían los Ministros de Relaciones y de Defensa? ¿Con qué clase de datos se contentaban? ¿Qué hacían los Embajadores y los *attachés* militares y navales de Francia e Inglaterra en Alemania que no comunicaban a sus gobiernos la magnitud de los preparativos nazistas? ¿Y si esto no se ignoraba, ¿cómo fué posible que sin calcular bien su capacidad bélica Francia e Inglaterra se lanzaran en la aventura trágica de declarar la guerra a Alemania? Se creían obligados a mantener la arrogancia de grandes poten-

cias sin contar con la fuerza para ello, sin contar con que relativamente al inequívoco adversario habían dejado de serlo. Incongruencia funesta que impidió ayudar a los pueblos a quienes se había prometido auxilio y trajo para sus propios pueblos el más horrible desastre de su historia.

El sentimiento de lo tremendo de estas encrucijadas del destino es el origen de nuestras reflexiones. La posterior reacción de Inglaterra, vigorosa, admirable y heroica, no invalida estas reflexiones. Ahí está Francia desgarrada y hecha trizas.

* * *

Ya en junio, a raíz de los aplastantes triunfos de Alemania, el gobierno de los Estados Unidos, por iniciativa tomada en el Senado, ha reafirmado la doctrina de Monroe, agregándole a la clásica declaración de que la América ha de ser para los americanos, la de que en virtud de ella, la República del Norte no permitirá la transferencia de posesiones europeas de una potencia a otra.

Estas declaraciones revisten para los pueblos hispanoamericanos la mayor importancia. Hasta hace poco la célebre doctrina era para nosotros algo que había caducado; poseía sólo significación histórica y carecía de valor actual. O sea, no creíamos posible que nuestra soberanía de naciones libres fuera amenazada ya por ninguna potencia europea ni que fuera menester la

presencia de los Estados Unidos para mantenerla. Conceptos encaminados en tal sentido le hizo oír nuestro eminente juriconsulto y hombre público D. Marcial Martínez al ex Presidente Teodoro Roosevelt en un discurso pronunciado en la Universidad de Chile durante una visita que el ilustre norteamericano hiciera a Santiago. El gesto del señor Martínez, un poco de hidalgo arrogante, fué recibido, como era de esperarlo, con patriótico alborozo. En un Congreso Americano de Educación celebrado en 1925 en Montevideo, dije algo semejante ante un público compuesto en su mayoría de norteamericanos. Estos, con la ingenuidad de buenos muchachos que les es tan propia, aplaudieron mis palabras. Es verdad que fueron pronunciadas en una sesión organizada por ellos mismos con el nombre de «la noche del open heart» (del corazón abierto) en que cada cual debía decir su más sincera manera de pensar sobre el tema que se le hubiera señalado. Sea como quiera, hoy no repetiría nada parecido.

Los hispanoamericanos descansábamos en la creencia de que el afianzamiento definitivo de un régimen de derecho aseguraba por sí solo la existencia de las naciones pequeñas; pero terribles acontecimientos nos acaban de probar que esto no es así. La fuerza y la violencia han barrido a sangre y fuego los gobiernos libres de naciones débiles, por respetables que sean, como el viento barre la espuma de las olas a la orilla del mar.

En estas nuevas circunstancias la doctrina de Monroe recobra todo su vigor. Así lo han dejado en claro las recientes declaraciones del Gobierno de los Estados Unidos y nosotros los hispanoamericanos no tenemos que ver en ella sino un bien a cuyo mantenimiento debemos coadyuvar espontáneamente y de buen grado.

Sin embargo, en los diálogos que continuamente se trezaban en el vapor, no faltaban impugnadores a la doctrina; impugnaciones derivadas de suspicacias acerca de posibles pretensiones de los Estados Unidos.

Sosteníamos otros, en su defensa, la sinceridad y honradez de la actual política de buen vecino de la gran República del Norte y que los latinoamericanos al aceptar el postulado monroyano no comprometíamos en lo menor nuestra autonomía de naciones libres y que él no nos impediría mantener relaciones y comerciar con cualquier pueblo de la tierra como mejor nos conviniera.

— ¡Qué!, dijo una de esas veces uno de los circunstantes, la doctrina de Monroe es una suerte para la América Meridional. Manejada con el espíritu de los Estados Unidos constituye una valla para los imperialismos europeos y no significa una amenaza para nosotros. Venturoso es que contemos con la égida de un pueblo poderoso que se solidariza y quiere formar una sola entidad con nosotros y no muestra las ambiciones imperialistas de algunas grandes potencias europeas.

* * *

Paseábame una tarde por una de las estrechas cu-
biertas del vapor, tan estrecha que no pueden andar
juntas más de dos personas. Pasó por abí el capitán del
barco y se puso a conversar conmigo. De proporcio-
nada estatura, ni gordo ni flaco, de hombros cuadrados,
en su tez tostada de hombre maduro, completamente
rapada, hay una expresión suave y el conjunto es sim-
pático. Es un experto marino de nacionalidad noruega
que ha servido en la marina mercante chilena por más
de treinta y cinco años. Ha formado una familia chi-
lena compuesta de seis hijos que viven en Valparaíso.

Hablamos de lo feliz que había sido el viaje y de
unas cuantas cosas más.

—¿Ha leído el discurso de Winston Churchill?,
me dijo.

Habíase publicado en «El Comercio» de Lima del
día anterior.

—Es muy interesante, continuó, y ha venido muy
bien en estos momentos tremendos porque pasa el pue-
blo inglés; pero Inglaterra triunfará. Inglaterra se ha
convertido en un campo erizado de bayonetas ¡Ay! del
que pretenda dejarse caer abí. El señor Hitler no se
saldrá con la suya. No sólo no vencerá a Inglaterra
sino que tendrá que devolver su independencia a todos
los pueblos que ha subyugado y mucho más, mucho
más. Otros factores intervienen.

Cuáles eran estos factores no lo ví claro por el momento y, como para concretarlos en una fórmula, agregó, señalando con el dedo a lo alto:

—Hay un Dios en el cielo.

—Pero, le repuse, en estas contiendas de los hombres, Dios suele descuidarse y permite que triunfen la fuerza y la violencia.

—En definitiva no se descuida, me contestó, y se despidió de mí.

Continué paseándome solo por un rato y reflexionando sobre la fe sencilla y sólida de este hombre. Sentí que, cualquiera que fuera el resultado de sus pronósticos, él vivía en un mundo de realidades absolutas.

* * *

Como he anotado antes, la atención y la comida en los vapores de la Compañía Sudamericana son, por lo general, buenas. Pero han sido construídos principalmente para vapores de carga y sólo por añadidura para pasajeros. Fuera de sus camarotes, que son desahogados, los pasajeros tienen apenas donde darse vuelta. El pequeño salón se llena fácilmente y casi no hay espacio para pasearse. En el actual viaje además ha sido motivo de desagrado general cincuenta vacas y un buen número de cabras que vienen de Nueva York a Valparaíso. El pesado olor a establo ha penetrado todo el vapor. Tal circunstancia dió ocasión a una feliz ocurrencia de una señora. Para aprovechar el tiempo y al-

canzar a comprar algo en Panamá, algunos pasajeros hicimos en tren la travesía de Colón a Panamá. En el vapor se nos había dicho que deberíamos estar en Balboa a las seis de la tarde, para tomar a esa hora el barco que ya habría atravesado el canal. Llegamos oportunamente; pero en el muelle se nos hizo saber que el vapor se había atrasado en su salida de Colón y no pasaría antes de la media noche, por lo que era mejor que volviéramos a las once y media. Tuvimos que volver a comer a Panamá, regresamos en seguida a Balboa tal como se nos había dicho, y a la una de la mañana estábamos esperando todavía. Equivocaciones de muchas horas sobre el tiempo de la partida han sido muy frecuentes en este viaje. Se ha manifestado incapacidad completa para calcular el tiempo en relación con la carga que se recibe. Por fin, después de la una se puso en movimiento la lancha que debía conducirnos al vapor. Pero la lancha avanzaba y avanzaba en la noche oscura con su trepidación uniforme y no encontramos nuestro barco. Había transcurrido ya más de media hora y los pasajeros, principalmente las señoras, se preguntaban con inquietud para qué habíamos salido del muelle si el vapor no se hallaba a nuestro alcance. ¡Ahí viene, ahí viene! decían algunos pasajeros que se esforzaban por perforar las sombras. Mas luego resultaban ser otros barcos o dragas. Pero la incertidumbre por último terminó. Luces que correspondían a las del Imperial agujerearon la obscuridad. «Ya está ahí», se dijo con certidumbre. «No cabe duda, exclam-

mó entonces una señora, lo reconozco en el olorcito a vacas que hasta aquí llega.

Una risa general fué el epílogo de nuestra jornada nocturna.

* * *

El vapor, a pesar de modesto y sencillo, es una pequeña Feria de Vanidades, no por la ostentación de trajes elegantes o el cambio frecuente de ellos, como ocurre en otros vapores, sino por la exhibición que las señoras se hacen mutuamente de los collares, pulseras, carteras, miles de prendas de vestir, y todas las chucherías y bagatelas que han adquirido en Nueva York. Una señora traía cuarenta y nueve sombreros. Otra veinte. Otra, más razonable, que ha comprado sólo ocho, se ha creído en una miseria vergonzante.

Es verdad que muchas de estas cosas se traen para regalarlas a la parentela y amistades, y que entre las adquisiciones hechas suele haberlas muy útiles, como máquinas de coser u otros objetos por el estilo. Pero lo cierto es que los hispanoamericanos se sienten, como lo he hecho notar antes, deslumbrados por el comercio de Nueva York y poseídos de un delirio de adquisición. Hay algo semejante a lo que los aborígenes americanos sentían por los abalorios y artículos de relumbrón con que los tentaban los conquistadores ibéricos.

Pero todo esto, que es una mera frivolidad, va acompañado de un mal profundo que dice relación con las cosas útiles que los hispanoamericanos compramos del

extranjero. Por las necesidades de nuestro grado de cultura necesitamos adquirir automóviles, radios, máquinas de escribir, refrigeradores, artículos eléctricos, toda clase de instrumentos científicos de precisión y cuantas cosas más que no fabricamos, de donde resulta la antinomia terrible de que seamos civilizados sólo como consumidores y, ¡ay! no como productores. Tenemos los deseos de los pueblos más adelantados y no la capacidad de ellos para satisfacer con nuestras propias obras esos deseos. Los productos de nuestras incipientes industrias no sirven o no bastan, por otra parte, como suficiente elementos de compensación e intercambio. Recuerdo que en un viaje anterior a los Estados Unidos un profesor amigo me dió por sentado que nosotros poseeríamos nuestro tipo nacional de máquina de escribir. Tuve que confesarle avergonzado que no había tal y que estábamos obligados a adquirirlas en los Estados Unidos o en Alemania. Civilizados, pues, en cuanto consumidores, y primitivos y atrasados en cuanto productores. Esto somos por ahora. ¿Cabe un destino económico más triste y deplorable?

* * *

Hemos salido de Nueva York en pleno verano. La pequeña piscina del vapor es pronto armada y se llena de agua. Entre los pasajeros viene mucha gente joven, en su mayor parte estudiantes y estudiantas norteamericanos que van a Lima o a Chile. Todo el día

recorren el vapor en traje de baño o en indumentarias que si no lo son parecen tal por lo poco que cubren del cuerpo. Nuestros ojos se han familiarizado con las piernas y los brazos completamente desnudos, con los descotes del pecho y de la espalda, casi siempre tostados y quemados por el sol, hasta el punto de que a veces la piel va desprendiéndose en escamas; las piernas y los brazos de ellos a menudo fuertes y velludos, y algunos cuerpos de ellas tan hermosos como de divinidades griegas o dignos de aparecer en las mejores revistas de los teatros de Nueva York. No costaba imaginarse al vapor mismo como el escenario de una magnífica show.

Esos muchachos sanotes y sus compañeras ponen desde el principio notas de alegría a bordo. Juegan libremente entre ellos en fácil camaradería. ¿Podríamos admirarnos de que la camaradería, en casos no siempre de precisar, se transformara en flirt y en amor o pasara directamente al deseo y al amor? Pero dejemos esto en la dulce penumbra de las tentaciones que hacen interesante la vida.

Ha sido de verlos a esos muchachos y niñas, a la hora del crepúsculo, tendidos sobre cubierta, cantando canciones americanas, o, en español chapurreado, canciones criollas; las notas amorosas, lánguidas y quejumbrosas de Cielito lindo y de la Paloma, o las picarescas y saladas de la Cucaracha nos regocijaban y comunicaban alma de juventud a la luz de la tarde.

* * *

Reflexionando sobre los norteamericanos he llegado a la conclusión de que es menester echar al olvido las declamaciones del Ariel de Rodó, en cuanto presentan a los Estados Unidos como un país solo materialmente adelantado y a nosotros los hispanoamericanos nos reserva el privilegiado papel de sustentadores de la espiritualidad. Dudo mucho de que esto fuera cierto en los tiempos en que Rodó escribió su mencionado libro. Ahora no lo es en absoluto.

Los norteamericanos son, desde luego, más religiosos que los hispanoamericanos. Este aserto es de una evidencia incontrovertible si se considera la población de Nueva Inglaterra y de Pensilvania, núcleos austeros de la nacionalidad norteamericana, y lo es también, aunque en menor grado, respecto del resto de la Unión.

Encuentro una muestra reciente del espíritu religioso de los norteamericanos en un libro publicado en el presente año por el conocido escritor Waldo Frank (1). Frank es de ideas avanzadas con tendencias comunistas. Después de los procesos de Moscú de 1934, de la alianza de Rusia con los nazis, de la desmembración de Polonia y de la invasión y conquista de Finlandia, ha perdido la fe en el Evangelio Soviético;

(1) Chart for rough water — Our role in a new world—New York Doubleday, Doran — (Mapa para mares tempestuosos — Nuestro papel en un mundo nuevo).

pero su ideología no ha cambiado. Es siempre desembozado enemigo de la sociedad burguesa y capitalista. En el libro de que nos ocupamos estudia la tremenda situación presente del mundo. La guerra, que significa a la vez una revolución universal, ha provenído de una profunda crisis. A las orillas del Mediterráneo, en el tiempo de los egipcios, empezó la Gran Tradición que, pasando por Judea, Grecia y Roma, llegó a su pleno florecimiento en la Edad Media Occidental. La Gran Tradición consiste en ver en el hombre no un simple resultado del ambiente y de fuerzas mecánicas, por maravillosas que sean, sino un depositario de lo divino, concepto coincidente con su autonomía y su personalidad. «El hombre puede ser hombre sólo en cuanto reconoce que es más que hombre. Dios es el valor dinámico y la vena de la vida; sobrepasa al individuo humano y, a la vez, éste siente que Dios está dentro de él». Pero desde el principio de la época moderna, el hombre, envanecido por las conquistas de la ciencia, ha creído poder prescindir de la Gran Tradición. Esto ha sido patente en nuestros días, sobre todo en los partidos de la extrema izquierda. La tesis de la Edad Media era «la salvación por medio de la gracia». La antítesis moderna es el bienestar en la tierra por medio de la razón, las leyes sociales y las técnicas. Así hemos llegado a «la humillación del hombre en Europa», a la degradación de la personalidad humana que ha culminado con la guerra y los regímenes totalitarios. «El hombre actual, el esclavizador y el es-

clavizado, dice nuestro autor, es la flor de la cosecha de la arrogante edad moderna, que ha creído poder prescindir de las intuiciones de lo divino y de lo eterno». ¿Dónde encuentra la solución al angustioso problema el rebelde comunista, pero a la vez hombre independiente, que es Waldo Frank? En una síntesis en que la busca de la justicia y del bienestar terrenos se penetre de lo divino, que da su íntimo valor a la personalidad. O sea, sin abandonar ninguna de las conquistas de orden material alcanzadas y, al contrario, para lograr el perfecto goce de ellas, volver a la Gran Tradición.

No he citado el libro de Waldo Frank para hacer un estudio crítico de sus ideas, tarea que no correspondería al carácter de estas páginas, sino para señalarlo como un afloramiento del espíritu religioso norteamericano. Es verdad que el mismo Frank dice que sus lucubraciones no han de ser del agrado de sus compatriotas, pensando tal vez en el predominio de lo pragmático entre ellos; pero creemos no equivocarnos al mostrarlas como algo significativo del medio espiritual en que han sido concebidas.

En los Estados Unidos se cultivan las ciencias con tanto ahinco y buenos resultados como en los países más adelantados del globo y en algunas disciplinas marchan aún a la cabeza. Algo sé de esto particularmente en cuanto a psicología, sociología y educación. Conocidos son los prodigiosos progresos alcanzados por la medicina y la dentística en aquella nación.

Las universidades norteamericanas, tanto por su número como por la eficiencia e instalaciones de cada una de ellas, son instituciones modelos para la América del Sur, modelos que, desgraciadamente, aun por mucho tiempo será difícil igualar. Y esas universidades no constituyen centros únicamente de cultura material, si es que cabe semejante expresión, sino de la más completa cultura espiritual.

En filosofía los Estados Unidos han dado pasos de importancia, mientras que en América Latina se está iniciando la producción en este orden de estudios. A los nombres clásicos de Emerson y de William James hay que agregar el muy conocido de John Dewey y el menos conocido, aunque goza de alto y merecido prestigio, de Jorge Santayana, autor de rica bibliografía que a su primera obra fundamental «La Vida de la Razón» ha sumado en los últimos años otra no menos substancial intitulada «El Reino del Ser».

Los norteamericanos cuentan con eminentes novelistas, dramaturgos y poetas. Como lo muestran el Museo Metropolitano de Nueva York y la Galería Corcoran de Bellas Artes de Wáshington, los únicos salones que he podido visitar en este viaje, cuentan también con vigorosas escuelas de pintura y escultura.

Hay que superar la idea de una oposición entre las culturas norteamericana e iberoamericana. Lo que existe entre ellas no es oposición sino diferencia y deben completarse una por otra. Si tal vez los norteamerica-

nos puedan tener algo que aprender de nosotros en algún orden estético y espiritual, nosotros tenemos mucho que tomar de ellos en diversos aspectos de la vida espiritual también y sobre todo de su superioridad técnica. Esta es bastante grande y, unida a los fabulosos recursos financieros de que disponen, resulta de proporciones desconcertantes.

Existe en este orden de cosas una situación de indudable desventajas para nosotros. ¿Pero dónde está la verdadera razón del mal? ¿En un supuesto imperialismo o en nuestras propias, llamémoslas transitorias, incapacidades y deficiencias? Deploro con toda mi alma, como el más exaltado anti-imperialista, el mal que consideramos, y siento que debemos cuidar del mantenimiento de nuestra autonomía nacional en todas sus formas, desde la santidad del suelo hasta la pureza del idioma como de los más preciados bienes de que gozamos en la tierra; pero estimo a la vez que muy poco avanzaremos con seguir a los que hablan de un imperialismo norteamericano, lo impugnan y declaman contra él. Estos apartan la vista del verdadero problema y concentran la atención en lo que se presta más a indignaciones verbales y a actitudes apasionadas. Manera doblemente inconveniente porque desconoce la verdad y aleja de la solución que se desea.

Imperialismo es la dominación que ejerce un Estado sobre otro u otros por medio de la fuerza. Sin este requisito puede haber hegemonía industrial y comercial,

pero no habiendo empleo de la violencia no cabe hablar de imperialismo.

Sin duda estar sometido a una hegemonía de cualquiera clase que sea no es agradable, y suele ser muy doloroso; mas, para salir de ella lo único procedente es indagar en primer lugar sus verdaderas causas. Como he anotado en líneas anteriores, el origen de las desventajas que con razón nos desazonan se halla en que somos civilizados para consumir y no para producir. Dadas estas condiciones si suponemos que pudiéramos sacudir lo que llamamos el imperialismo de un pueblo determinado, caeríamos necesaria e inmediatamente en el imperialismo de otro mientras no seamos capaces de producir nosotros mismos lo principal que se requiere en el grado de civilización en que vivimos y mientras no podamos explotar con nuestros propios técnicos y con nuestros propios recursos financieros las riquezas naturales que guarda el suelo nacional. Ese llamado imperialismo no es más que el predominio comercial e industrial que resulta de la superioridad extranjera en los dos órdenes indicados. Para sobreponernos de verdad a él, sin perjuicio de velar celosamente por nuestra soberanía, nuestros imperativos no pueden ser otros que mejorar nuestra preparación técnica e incrementar nuestra capacidad financiera. Dictados aplicables en mayor o menor escala a toda la América Española.

En relación estrecha con estas ventajas de que gozan, los norteamericanos muestran todavía cualidades que son de orden espiritual. En todas sus actividades

se nota que no improvisan nada sino que preveen y preparan en cada detalle el desarrollo de lo que se proponen ejecutar. Esto es fácil de observar no sólo en empresas industriales y en cosas de la administración pública sino también en las fiestas sociales y hasta en las magníficas revistas que se ofrecen en los principales teatros. Se ve que todo ha sido calculado cuidadosamente y, cuando el caso lo requiere preparado y ensayado con estricta disciplina.

En cambio nosotros somos muy dados a la improvisación que no es más que fruto de pereza intelectual y de falta de disciplina. Somos dados a suplir el trabajo creador con listeza y viveza, dos discutibles aptitudes que muy satisfechos confundimos con la inteligencia cuando no son más que habilidad verbal acompañada no pocas veces del propósito de engañar a alguien.

No se entienda lo dicho como que se quiera decir que no haya en Nueva York y otras ciudades norteamericanas comerciantes u otras gentes que no sean bastante listos.

Nuestro dejar las cosas a la improvisación, sin detenernos antes a considerarlas, calcularlas, preverlas en lo posible, se expresa en un adagio que no debemos cansarnos de condenar hasta sepultarlo entre los estados psicosociales del pasado. Decimos: «En el camino se arreglan las cargas» y esta expresión de descuido, diríamos de abandono, es significativa de una actitud que no corresponde en absoluto a las inexorables

exigencias de la vida actual, que reclaman asiduo trabajo de la inteligencia y firmeza de la voluntad.

Aceptable ese adagio por excepción, para un alma joven y bohemia, es fatal para el alma de un pueblo. La mantiene sumida en satisfacciones fáciles, en la laxitud y la negligencia, y no le depara sino un destino de inferioridad.

No se diga que en el breve cuadro esbozado, predominan los tonos sombríos fuera de proporción. Hay aun mucha distancia entre las posibilidades que nos halagan y el esfuerzo que gastamos para aprovecharlas, entre nuestro crecimiento y el alcanzado por los pueblos más adelantados de la tierra. A pesar de nuestras tribulaciones y pobreza vivimos en nuestra bella patria, entre dos grandes océanos, casi en una edad idílica. No es otra la impresión que se recoge si confrontamos el vivir de por acá con el del resto de este atormentado planeta. Pero de todas maneras es áspera la cuesta de estos tiempos; llegar al nuevo horizonte reclama empuje, y si no queremos que la disposición de las fuerzas del mundo nos sea algún día irreparablemente desfavorable debemos poner todas nuestras energías en tensión.

No sigamos, pues, nuestro camino dejando que las cargas se arreglen solas. Mantengamos encendida con luz inextinguible la lámpara del espíritu de superación en la amplitud y hondura para pensar y en la firmeza y energía para obrar.